

## **Ciudades: mucho más que focos de población**

Una de las características fundamentales de la cultura contemporánea es la organización de la población humana concentrada en ciudades. En efecto, si se considera como núcleo urbano un asentamiento de más de 20.000 personas que habitan un territorio concentrado y se dedican a actividades diferentes a la agricultura, según datos de la ONU, a grandes rasgos la población urbana del mundo se ha duplicado en los últimos cincuenta años, pasando de unos 750 millones de habitantes hacia 1950 a unos 3.000 en 2000 y 4.200 en 2018. Hoy el 55% de la población mundial habita en ciudades, y para el 2050 se calcula que esa fracción será del 68%.

Un distintivo que caracteriza la vida en las ciudades modernas es su complejidad, marcada por tensiones entre fuerzas contrarias: las que prodigan bienestar a sus habitantes y los impulsan hacia el progreso, frente a las que erosionan su vida diaria y frenan su desarrollo. La trama de estas “funciones” se ha ido espesando con el crecimiento urbano, aumentando las oportunidades de avance, pero intensificando a la par los riesgos para la calidad de vida, profundizando brechas y desigualdades, y elevando los retos para identificar rutas promisorias. Esas dinámicas, acentuadas en las últimas décadas, incrementan los costos, los esfuerzos políticos y las estrategias sociales necesarias para abordar su realidad. En consecuencia, las teorías urbanas y de planeación se han visto desbordadas.

Como lo hicieron algunos intelectuales en el siglo XIX, hoy las ciudades se leen en términos de la proliferación de escenarios urbanos inhumanos, en los cuales las dificultades de movilidad, la carencia de viviendas dignas, la contaminación y el deterioro ambiental, la falta de servicios básicos y las brechas económicas, son situaciones comunes que se dan a lo largo y ancho del planeta. Estas configuraciones son el estado actual de un extenso camino recorrido por la humanidad en su experiencia de integración a un medio gracias a la domesticación del tiempo y el espacio.

Durante siglos, el *Homo sapiens* vivió nómada, en pequeños grupos, implementando estrategias de supervivencia como las estancias itinerantes asociadas a las actividades de recolección y caza. A finales del Paleolítico, aproximadamente entre 8.000 y 10.000 años atrás, con la domesticación de animales y vegetales se produjo un cambio cultural, considerado por muchos como el más importante para la historia: la llamada Revolución Agrícola basada en una economía de cultivo y cría. Este fenómeno propició el aumento poblacional y su asentamiento en sitios permanentes, dinamizó la diferenciación y jerarquización de actividades y forjó un instrumento de expresión simbólica que activó las funciones de la memoria: el lenguaje.

De acuerdo con las evidencias arqueológicas, hace unos 4.000 años algunos de esos asentamientos primarios crecieron hasta convertirse en ciudades, las cuales florecieron especialmente en los valles fértiles del Éufrates, el Tigris y el Nilo, así como en el valle del Indo y en algunas regiones de la actual China. Estos dispositivos urbanizados, al ordenar el cosmos circundante y cualificar el tiempo, se constituyeron en los modos de integración del espacio humanizado.

Hacia el siglo IV y V antes de nuestra era, el florecimiento urbano correspondió a la Europa mediterránea, inicialmente griego y posteriormente romano. Por su parte, en América se dio hacia los primeros siglos de la era cristiana. En Grecia, con la ciudad, apareció una nueva cosmogonía, un nuevo orden político en el que los individuos se definieron como ciudadanos, advino la moneda y un nuevo sector mercantil. Y con ellos, un pensamiento positivo que formalizó la experiencia sensible a través del principio de identidad.

Durante el Medioevo, si bien la urbanización occidental se detuvo, a partir del siglo XI se reactivó e incluso surgieron nuevos poblados en torno a castillos y monasterios, con los que se introdujeron cambios importantes en la forma de la ciudad. Ya en el Renacimiento se incrementó el proceso y aparecieron nuevas ciudades en América, fundadas en las incursiones coloniales españolas y portuguesas.

Entre los siglos XVI al XVIII, en los albores de la industrialización inglesa, avivada por los artesanos y constructores, las ciudades europeas crecieron y se crearon otras nuevas, entre las cuales se prefiguró el urbanismo industrial actual. En ese período la ciudad se transformó en aglomeración y sus parroquias se enlazaron por redes de vías a otros centros urbanos.

Luego de la independencia de los países americanos, y como consecuencia de la Revolución Industrial, algunas ciudades europeas y luego otras americanas crecieron acogiendo las migraciones campesinas que buscaban mejores oportunidades. Aparecieron nuevos sistemas sociales y transformaciones económicas basadas en la concentración de la población en ciudades. Así, en el siglo XIX el entorno urbano se distendió en correspondencia con la aparición de nuevos medios y generó nuevas tensiones con el ámbito rural, que mantuvo su figura de despensa alimentaria y de potenciales pobladores.

En el contexto de los debates sobre la sociedad del riesgo global o de la segunda modernidad, la reflexión sobre las ciudades y la vida urbana ha entrado en una nueva fase, pues estas se han visto obligadas a reparar los daños ocasionados por las dinámicas globalizadoras del capital —flexibilización y precarización laboral, inseguridad cívica y existencial, desarrollos tecnológicos, transformación digital de las instituciones, catástrofes ambientales, contaminación y privatización de los bienes sociales: educación, vivienda, salud—. Las nuevas formas de relación entre lo global y lo local han hecho posible el surgimiento o la formación de nuevos fenómenos, con los que la política local y los ciudadanos deben lidiar.

En la actualidad, muchas ciudades en algunos países han llegado a un punto de estancamiento en su crecimiento, e incluso unas han decrecido. No obstante, la mayoría sigue creciendo y en el caso de China surgen nuevas ciudades o ampliaciones de las existentes. Las veinte ciudades más pobladas del mundo en la actualidad superan cada una los 13 millones de habitantes; entre ellas Tokio, que es la mayor con 38 millones. Ante este panorama, se reconoce que hay diversos tipos de ciudades y el concepto mismo se ve reinventado permanentemente. Hoy se habla de áreas metropolitanas, regiones urbanas, territorios urbanos, megápolis y regiópolis.

Las ciudades se han convertido, simultáneamente, en fábricas y vertederos, no solo de residuos industriales, sino de residuos humanos; también en campos de batalla —conflictividades locales, urbanas y comunitarias—, pero así mismo se están constituyendo

en laboratorios de cohabitación social, donde es posible experimentar formas de convivencia y vida cívica de las nuevas ciudadanías; es decir, ámbitos para practicar una estética de la vida que acoja la diferencia, la diversidad y la pluralidad a través de la solidaridad y la cooperación. El entendimiento de la ciudad convoca a todas las disciplinas y áreas del conocimiento, desde las artes a las ciencias, y cuenta con diversas posturas y planteamientos. Algunos de ellos son:

- Una tendencia basada en la ciencia y la tecnología, que enfoca las soluciones en el desarrollo y perfeccionamiento de los sistemas digitales de inteligencia artificial, para controlar, modelar y planificar la ciudad de acuerdo con los métodos científicos.
- Una postura que afirma la inutilidad del urbanismo, ya que este no puede comprender y abordar la complejidad urbana en su real dimensión. En consecuencia, actúa de manera puntual con proyectos de baja dimensión, los cuales apuntan a detonar procesos naturales de modificación, mejoramiento y transformación.
- La visión que considera el urbanismo como una acción política de condiciones pragmáticas para resolver casos concretos en la medida en que se vayan dando en el tiempo, sin pretender un planeamiento a gran escala ni a largo plazo.
- Una opción que entiende el objeto urbano como una realidad de múltiples dinámicas, no aprehensible por los métodos científicos experimentales. Por el contrario, propone métodos de participación democrática como aspecto fundamental.
- La ecología urbana que propone un análisis sistémico en las dimensiones ambiental, social, ecológica y de gobernanza. Y algunos autores incluyen la dimensión mental del hombre como un aporte adicional.
- También figura el enfoque económico que pretende explicar la evolución, el estado y las tendencias de los sistemas urbanos, desde Marx y Engels hasta Harvey, entre otros.
- Otra perspectiva que incluye en la ciudad la noción de la discontinuidad —sistemas dinámicos estructuralmente estables que manifiestan cambios repentinos del comportamiento—, cuyo modelo matemático de la morfogénesis fue planteado a finales de la década de 1950 por René Thom en su teoría de catástrofes.
- Una postura basada en la teoría de escala; esta presenta un nuevo paradigma que permite entender de manera profunda la resiliencia, la sostenibilidad y la respuesta de las ciudades a las acciones de sus habitantes.
- También vale mencionar algunos planteamientos que entienden las ciudades como elementos de estructuración territorial interconectados en un sistema mundial que canaliza las innovaciones y trae desarrollo económico.

Estas tendencias confeccionan un amplio abanico de posibilidades para comprender e intervenir lo urbano, algunas incluso opuestas y divergentes, que evidencian la calidad del fenómeno. Además, están marcadas con la crisis exacerbada por el cambio climático, la contaminación ambiental, el limitado acceso a los recursos naturales, la problemática generación y disposición de residuos, la proliferación de enfermedades y las catástrofes naturales.

Por otra parte, al lado de la generación de riqueza y confort para élites, las ciudades encarnan también las vicisitudes sociopolíticas de amplios sectores excluidos por diversas razones. El aseguramiento del bienestar común se distorsiona por la corrupción y hay una fuerte tensión

entre la erosión generalizada de los principios vitales y la inobservancia sistemática a los derechos humanos por múltiples tipos de violencia, represión y delincuencia frente al deterioro de la convivencia en todas las escalas sociales, situación que pone en entredicho la vigencia de los que por tradición se han llamado valores. Así, a medida que su complejidad aumenta (y lo hace continuamente), la responsabilidad por la ciudad se torna eminentemente colectiva y es perentorio cualificar lo urbano en sus múltiples dimensiones. Esta exigencia se perfila como condición para su futura sostenibilidad y la reorientación de sus dinámicas en pro de la calidad de vida.

Esta reflexión motivó al Comité Editorial de la *Revista de Extensión Cultural* de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, a convocar los aportes de la comunidad académica nacional y más allá de las fronteras, al pensamiento, la discusión y la opinión mediante documentos que abran horizontes y rocen campos de futuros más amables para este dispositivo mnemotécnico que alberga al *Homo urbanitas*. De tal suerte, se sugieren algunos tópicos como las relaciones urbano-regionales, las transiciones hacia nuevos modelos, la situación actual y futura de las ciudades latinoamericanas, las perspectivas frente al crecimiento poblacional y el cambio climático, la ciudad como lugar de encuentro y territorio político natural, la resistencia y resiliencia social en las urbes, los nuevos sistemas de información (*big data*) y monitoreo, el tipo de ciudad inteligente, y el porvenir de la democracia en las ciudades, como posibles temas.

Diciembre de 2020

Comité Editorial Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional de Colombia,  
Sede Medellín